



# MATIAS Y EL ANGEL

Ricardo GARIBAY

Poco antes de la siesta, salió de su casa: sin ventanas y de puerta breve. Un viento largo y frío cortaba la luz del sol. Una tenue lividez cercaba los celajes de las nubes —incandescentes. Un susurro, se diría el presagio de una canción o su recuerdo, multiplicaba el cielo de las frondas. La luz bajaba a plomo y sin mesura; el horizonte, lejos, era una claridad lineal y un halo gris; había desolación en aquel horizonte. Matías se dijo: “¿Y este aire?”. Porque un aire rastreo se engendraba a cada paso de Matías y se perdía cuesta abajo entre arenillas negras, desusadas. Matías se dijo... No se dijo nada, pero supuso que había pensado: “La tierra se agrieta” o “Esta no es la misma tierra” o “Algo cambia”, y supuso que había sentido una vaga invasión, como si secretísimo temor le hubiera despertado la luz, de pronto acuosa y parpadeante y luego otra vez calma, o la rugosidad furtiva de las colinas y la sierra hacía un momento, cuando, al levantar la cabeza, sus ojos, acaso enfermos, sorprendieron la crispatura: un vasto horror ceñudo en las montañas y en las laderas de las montañas y en las elevaciones de la llanura y en la llanura y aun bajo sus pasos, que un instante balbucieran sobre la tierra temblorosa.

Matías subía la cuesta de la colina; desde arriba vigilaría sus animales, vería caer el sol, saludaría —la mano en alto— el paso diminuto del caminante —que rodearía el alfalfar—, oiría el cencerro ronco y la puerta del corral, que gemiría, se dormiría con el primer lucero, y ya muy tarde descendería trotando hacia su casa...

Matías y su pequeña casa y sus vacas y sus frutales tiernos; Matías y su maizal, su alfalfa, los pi-

nos; Matías y su llanura y su colina; sus dientes fuertes, su blusa abierta, su sueño poderoso; Matías y sus manos simples, y las montañas... lejos.

Subía la cuesta entre el fragor de un sueño y se iba descubriendo la llanura y él dijo con grande voz: “¡Esa llanura parda!”, pero nunca la llanura había sido parda, pero él entonces no lo supo porque se revolvió de pronto, cayó, se levantó —la congoja agarrada a sus mandíbulas—, y sintió en su dura carne un beso horrible. Del estómago le subía un puñal de miedo cuando buscó sus vacas lentas, cuando subió las manos hasta su boca desamparada (“Pobrecito de mí”), cuando gimiendo alzó sus ojos hacia la luz más blanca que había visto y rodeada por aquel halo de acero.

Entonces pasó el ángel... Y Matías lo vio. Y luego vio sus vacas muertas, pequeñas. Y vio que el ángel volaba sin rumor y que era enorme y que su rostro era impenetrable.

## II

Cuando el ángel se perdió de vista, todo volvió a la paz acostumbrada: la luz fue de nuevo la del crepúsculo de aquella tierra, las colinas se sucedieron sin fin, y sobre los montes y la llanura apareció la placidez de la hora; los animales pastaban, surgía tranquilo y múltiple el vocerío de la tarde. Matías subía pausado hacia la verde colina.

## III

Volaba lento, impávido, tras el silencio grisáceo y las espadas de frío, tras de la arruga instantánea de los espejos y de la piel de las víboras, tras de la

arena y la falsa luz que él mismo desataba. Era, todavía, un ángel en el tiempo condenado a morir. La alarma de los lugares visitados se adelantó a su vuelo. El halló ciudades vigilantes, pertrechadas; vio dirigirse innecesarios telescopios, vio astrónomos encanecidos que lo aguardaban con azoro sapiente y manejaban compases y rayaban mapas y fruncían sus ceños cuando él se diluía en la claridad; vio pueblos arrodillados, vio tumultos y velocidades hormigueras entre las paredes hondas de los edificios, vio rostros mansos y vio miradas proféticas que adivinaban su terrible misión. Cruzó impenetrable, en el tiempo de la siesta, sobre la desesperanza de todas las manos que había en el mundo.

## IV

Sereno y con las sienas frescas, como el despertar que trae el alba al fin de la fiebre, como el amanecer tras de los vidrios lívidos después de una noche poblada de monstruos, como si el resto innumerable del mundo no fuera consternación o presentida inminencia de derrumbes colosales y no hubiera va indicios, por dondequiera, de inapelable horror: las aguas de los lagos, erizadas, las nubes despavoridas o lentísimas o al ras del suelo en algunas regiones, el tronar del hondo que percibieron los enfermos, la vaga inquietud de los espíritus fuertes, el silencio seco alrededor de los monumentos, la inmovilidad de los ríos cuyos torrentes parecían la sangre en las venas del cadáver, el sol duro y la oscuridad de algunas playas, el aletear de miles de alas rotas que oyeron los niños, los incontables pájaros heridos que empezaron a caer por todas partes, los rincones ataridos donde se amontonaron los insectos que se arrastran: como si nada hubiera sucedido o estuviera sucediendo ni fuera a suceder, Matías contemplaba su eterno campo y su sol, dorados, apacibles, su atardecer —el último del mundo— que nadie compartía.

Fue haciéndose larga la luz, se fue acostando. Llegaba el frío y el cencerro que campaneaba hacia el pesebre. Sonaban los follajes sombríos. Temblaba el húmedo lucero de la tarde. La nuca sobre las manos enlazadas, las piernas extendidas, la nariz anhelosa, Matías se iba durmiendo.

## V

Al otro lado del mundo, descendía una oscuridad lodosa. En ninguna casa, en ninguna calle, en ningún mar, en ningún herbazal y en ninguna mirada hacia la luz propia o ajena, ni el más humilde esplendor, ni la más leve esperanza de que una luz distante fuera reflejada. Nada se distinguía, nada olía a nada, nada tenía consistencia, nada era doloroso o dulce o agrio. La oscuridad venía de ninguna parte y se apretaba más y más y cada vez era más ancha.

## VI

Unos minutos antes, mientras Matías miraba la estrella, un niño de blusa azul corría con sus cuadernos bajo el brazo, un pescador —a cientos de kilómetros del niño, sentado al borde del muelle— mordía un pedazo de pan, un indio arriero trotaba tras de su carga en un camino —muy lejos del pescador—, un coro bajo cúpulas anchas contaba entre los misterios de un rosario, y alguna sirvienta vieja de una casa campesina —en otro país distante— hacía su lumbre y arrojaba su agua a la lumbre y se sentaba a esperar junto a su lumbre.

## VII

Y reventó la sal de las aguas y de las arenas, reventaron los desiertos, los bosques y los lodazales; se desgarró el asfalto; el aire y las nubes se calcinaron y quedó vacía la altura; tronaron todas las paredes y todos los techos y se derrumbaron, tronaron los lechos de los ríos, tronaron viejos abismos descubiertos en medio de los mares, descomunales cavernas desnudas de toda agua; las cosas emergieron de sí mismas hacia su destrucción, huyendo de un centro múltiple que se pudría; montañas de polvo sepultaron los jardines, donde las plantas se devoraban vergonzosamente, y a la orilla de los minutos horribles, acurrucadas unas junto a otras, ciegas gritaron las garzas de todos los lugares.

En medio de las tinieblas, todo era hondura y la hondura era miedo y el miedo era angustia y la angustia era desesperanza y la desesperanza ceguera y la ceguera el grito de las bocas abiertas, exhaustas, las uñas enloquecidas entre las tinieblas que tronaban como explosión de lodo inagotable.

Pero sobre Matías soplaban aires largos, y la estrella parpadeaba para siempre en sus ojos abiertos.